

Criterios de traducción para la *Biblia de la Iglesia en América (BIA)*

Santiago Silva Retamales*

Resumen


La interpretación y traducción de la Sagrada Escritura dependerá, entre otras cosas, de la capacidad de los traductores para elaborar los criterios de traducción en razón de sus interlocutores y de la naturaleza de la Sagrada Escritura y su función en la Iglesia y de la capacidad de ponerlos por obra en forma sistemática. Este artículo trata sobre los tres criterios fundamentales que rigieron la interpretación y traducción del CELAM (Consejo Episcopal Latino Americano) llamada *Biblia de la Iglesia en América (BIA)*.

Palabras clave: Traducción. Interpretación. Criterios de traducción. Exégesis. Hermenéutica. Biblia de la Iglesia en América.

71

medellín 180 / enero - abril (2021)

* Magíster en Teología Dogmática en la Pontificia Universidad Católica de Chile y Licenciado en Sagrada Escritura en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma. En su calidad de perito en materias bíblicas, en mayo de 2007 participó en la V Conferencia General del Episcopado de América Latina y El Caribe, en Aparecida (Brasil), y fue uno de los redactores del documento final. En octubre de 2008, por parte de la Conferencia Episcopal de Chile participó en el Sínodo de los Obispos sobre "La Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia", realizado en Roma; fue nombrado vicepresidente de la Comisión Redactora del Mensaje Final del Sínodo. También participó en el Sínodo sobre la Nueva Evangelización en el año 2012, y fue elegido miembro del equipo redactor para el documento final. Obispo responsable de la traducción de la *BIA*. En la actualidad es el presidente de la Conferencia Episcopal de Chile y obispo encargado de la Comisión Nacional de Animación Bíblica de la Pastoral. Correo electrónico: ssilva@episcopado.cl.



Translation criteria for the *Biblia de la Iglesia en América* (BIA)

Summary

The interpretation and translation of the Holy Scriptures depends, among other arguments, on the capacity of the translators to elaborate the translation criteria considering on the one hand the addressees and the nature of the Holy Scriptures and its function in the Church, and, on the other hand, their capacity to turn them real systematically. This article surveys the three principal criteria that oriented the interpretation and translation of the *Biblia de la Iglesia en América* (BIA) made by the *CELAM* (Latin American Bishops Conference).

Key words: Translation, Interpretation, Translation criteria, Exegesis, Hermeneutics, Biblia de la Iglesia en América.



1. PROPÓSITO

El propósito de este artículo es presentar los criterios que animaron y rigieron la traducción de la Biblia del *CELAM* o *Consejo Episcopal Latinoamericano*, llamada *Biblia de la Iglesia en América (BIA)*¹.

Interpretar y traducir² es recrear, mediante una nueva organización literaria y con análogos niveles de calidad literaria y de impacto expresivo, los significados genuinos contenidos en un proceso de comunicación de tiempos pasados como suceso de comunicación llamado a acontecer hoy.

Por tanto, una buena traducción de la Biblia es aquella que comunica a los lectores de hoy el contenido o mensaje revelado expresado por los hagiógrafos y manifestado por Dios, mediante una organización literaria o *textus* tal, que haga accesible tanto sus significados como el encuentro autor-lector como acontecimiento contemporáneo de comunicación.

¹ Una amplia presentación de la *Biblia de la Iglesia en América* en R. A. Dus: «Biblia de la Iglesia en América». Un proyecto Latinoamericano de traducción de la Biblia», en *Settimana conclusiva dell'anno centenario del PIB*, 3-8 maggio 2010; S. SILVA RETAMALES y C. JUNCO GARZA: «Historia y principios hermenéuticos en la nueva traducción *Biblia de la Iglesia en América (BIA)*», en: S. GUIJARRO y G. HERNÁNDEZ (coords.), *Los ecos de la Escritura. Homenaje a José Manuel Sánchez Caro* (Ed. Verbo Divino), Estella – Navarra 2011, 198-204; C. JUNCO GARZA: «Biblia de la Iglesia en América (BIA)», *Reseña Bíblica* 105 (2020) 74-75.

² Como «traducir un texto no es mero trabajo mecánico, sino que, en cierto sentido, forma parte de la tarea interpretativa» (VD, nº 46), ambos aspectos no se pueden separar: se trata de momentos de una misma labor.



El trabajo de interpretación y Traducción lo iniciamos el año 2004 y la publicación de toda la Biblia se llevó a cabo en mayo del 2019. Antes, el año 2015, habíamos publicado el *Nuevo Testamento* completo y un tiempo antes, el 2011, los cuatro Evangelios³, textos que enviamos a algunas Universidades, Casas de formación sacerdotal y religiosa y diócesis, entre otros destinatarios, para que nos hicieran llegar sugerencias respecto a la calidad de la traducción y la pertinencia y actualidad de introducciones y notas.

Cuando más nos sumergíamos en la ardua tarea de traducir, nos resultaba cada vez más claro que no bastaba la competencia técnica de cada traductor o el manejo experto de principios de traductología, puesto que traducir es también un «arte» y, por parte del traductor, requiere vocación, sensibilidad y disposiciones que no sólo se adquieren a partir de la ciencia de la exégesis bíblica.

A partir de la naturaleza y función de la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia, estas páginas se centran en los criterios que rigieron la traducción de la *Biblia de la Iglesia en América* del CELAM.

No estamos hablando de la traducción de un libro cualquiera, sino de «la Sagrada Escritura». Y hablamos de autores y lectores que no compartimos las mismas realidades religiosas y socio-culturales, pues pertenecemos a una época del todo diversa⁴. Si aquellos autores bíblicos y lectores originales compartían los mismos canales de comunicación, nosotros no, por lo que esos textos del tiempo bíblico pueden incluso volverse del todo incomprensibles.

Además, hablamos de unos libros que, teniendo un carácter religioso, no son simplemente libros de devoción, tratados piadosos, relatos para edificar la vida y aprender a comportarse, ni

³ *Evangelios de la Biblia de la Iglesia en América* (Bogotá 2011), publicación autorizada por las Conferencias Episcopales de Chile y Colombia.

⁴ Es fácil comprobar lo poco preparados que estamos los lectores de hoy para comprender los textos de ayer, más aún cuando estos son de autores de culturas del todo diversas a las nuestras y sus temáticas son religiosas, cfr. J.-C. MARGOT, *Traducir sin traicionar. Teoría de la traducción aplicada a los textos bíblicos* (Ed. Cristiandad), Madrid 1987, 292-353.

siquiera son —afirman Alonso Schökel y Zurro, traductores de la Biblia— «un compendio de verdades reveladas por Dios a los hombres. La Biblia es la literatura religiosa de un pueblo»⁵.

De los criterios deducidos del ser y quehacer de la Biblia en la vida y pastoral de la Iglesia, de la rigurosidad y sensibilidad en aplicarlos y de la competencia de los traductores, dependerá la calidad de las traducciones bíblicas y, entre ellas, la de la *Biblia de la Iglesia en América*⁶.

2. LOS CRITERIOS DE TRADUCCIÓN DE LA BIA

2.1. Traducción de equivalencia formal y de equivalencia dinámica o funcional⁷

Una buena interpretación y traducción de la Biblia es la que actualiza para el creyente de hoy los significados de la Sagrada Escritura que expresan sus autores en sus contextos religiosos y socio-culturales de forma que los lectores de todos los tiempos tengan «fácil acceso» a ella (DV, n° 22) y les posibilite —en este tiempo de nueva evangelización— «una nueva escucha de la Palabra de Dios» (VD, n° 122)⁸. Por tanto, lo que primero debiera el intérprete y traductor asumir es que una traducción

⁵ L. ALONSO SCHÖKEL y E. ZURRO, *La traducción bíblica: lingüística y estilística* (Ed. Cristiandad), Madrid 1977, 18.

⁶ E. A. NIDA y Ch. R. TABER afirman que una buena traducción «debe fundarse en tres factores principales: a)- la exactitud con que los receptores entienden el mensaje del original (es decir, su “fidelidad al original”, lo cual se refleja en la medida en que la gente comprende realmente el sentido); b)- la facilidad de comprensión, y c)- la implicación de experiencias personales como resultado de la propiedad formal de la traducción. Quizás el mejor cumplido que pueda escuchar un traductor de la Biblia es que alguien le diga: “Hasta ahora, no había sabido que Dios hablaba mi lengua”», *La traducción: teoría y práctica* (Ed. Cristiandad), Madrid 1986, 227. Cfr. P. LAPIDE, *Bibbia tradotta Bibbia tradita* (Ed. Dehoniane), Bologna 2000; J. NIEUVIARTS y G. BILLON, *Traducir la Biblia* (Ed. Verbo Divino, Cuadernos bíblicos 157), Estella – Navarra 2013.

⁷ Para lo que sigue, me sirvo ampliamente de S. SILVA RETAMALES: «¿Entiendes lo que estás leyendo?» (*Hch* 8,30). Acerca de la traducción de la *Biblia de la Iglesia en América*, *Medellín* 157 (2014) 99-128.

⁸ Según W. EGGER, «la calidad de una traducción se mide no sólo por su fidelidad a los autores y al texto, sino también por su orientación a los lectores», *Lecturas del Nuevo*



es siempre más que una simple transcripción del texto original. El paso de una lengua a otra comporta necesariamente un cambio de contexto cultural: los conceptos no son idénticos y el alcance de los símbolos es diferente, ya que ellos ponen en relación con otras tradiciones de pensamiento y otras maneras de vivir⁹.

Además, teniendo en claro que una cosa es «traducir» y otra distinta es «sustituir, acomodar, transcribir, parafrasear» nos preguntamos, buscando definir los criterios que rigen nuestra traducción: ¿Cómo traducir un libro bíblico para que el lector mediante los *logoi* (o «palabras, literatura») alcance el *Logos* revelado (o «Jesucristo») como mediación de comunicación y relación con Dios? Es decir, ¿qué tipo de criterios adoptar para que el libro bíblico sea para el lector de hoy Palabra de Dios, mediación de comunicación y comunión? (cfr. DV, n^o 72)¹⁰.

Cuando la traducción de la Biblia toma de las lenguas–madres (hebreo, arameo, griego) sus unidades lingüísticas y las replica literalmente en la lengua–receptora (castellano), este tipo de traducción recibe el nombre de «equivalencia formal» y se relaciona con el modelo de lectura mediante conceptos¹¹. Es la traducción de

Testamento. Metodología lingüística histórico-crítica (Ed. Verbo Divino), Estella – Navarra 1990, 81. Para una interpretación y lectura de la Sagrada Escritura que no renuncie ni a la fe ni a la razón, cfr. E. PARMENTIER, *La Scrittura viva. Guida alle interpretazioni cristiane della Bibbia* (Centro editoriale dehoniano), Bologna 2007, 251-267.

⁹ PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* (15 abril de 1993), IV B, también citado en VD, n^o 115.

¹⁰ En un esquema simple y lineal, el acto de comunicación se puede entender como la interacción de un *emisor* y un *receptor*, los que comparten un *código de signos*, permitiendo —por medio de un *canal de comunicación* (voz, gestos, escritos...)— emitir un *contenido* o *mensaje* inteligible que el receptor puede comprender. Si además de compartir el código de signos y el canal de comunicación, emisor y receptor pertenecen al mismo *contexto socio-cultural*, el contenido de la comunicación es de comprensión inmediata; a mayor interacción de elementos comunes entre emisor y receptor, mayor comunicación. Cfr. E. A. NIDA y W. D. REYBURN, *Significado y diversidad cultural*, Colombia 2011, 13-38; S. SILVA RETAMALES: «Lenguaje, Exégesis y Hermenéutica» en: SOCIEDAD CHILENA DE TEOLOGÍA, *El quehacer teológico. Experiencia, Lenguaje y Comunicación de la Fe* (Ed. San Pablo) Santiago de Chile 1997, 223-224.

¹¹ La teoría de «la equivalencia» tuvo su mayor desarrollo hacia los años 60 y 70 dentro de la lingüística estructuralista. Dicha teoría plantea que el texto de partida (del que se

coincidencia o identidad de vocablos y conceptos entre la lengua madre y la lengua receptora, cuidando que siempre el término traducido sea el mismo, independiente de libros y contextos. Este tipo de traducción une un concepto principal o común a un vocablo, poniendo el interés en la «letra» del texto por lo que la preocupación del traductor está sobre todo en la literalidad de los textos, pasando a segundo plano la preocupación acerca de si el lector de hoy entiende o no y qué cosa entiende cuando lee. Cuando se aborda una traducción desde la equivalencia formal, esta tarea se desplaza a los lectores: labor de éstos es comprender qué dice la Palabra de Dios en lo que tradujo el traductor.

A diferencia de la traducción de equivalencia formal, el traductor al griego del original hebreo del libro del *Eclesiástico* (que se perdió), sí está preocupado de traspasar no la letra, sino los sentidos del libro que traduce a sus lectores. Por esto parte constataando que «las cosas dichas en hebreo no tienen la misma fuerza cuando se dicen en otra lengua. Y esto no sucede sólo aquí, sino que la misma Ley y los Profetas y los demás libros presentan diferencias no pequeñas cuando se leen en el original». En razón de esta constatación, invita a leer su traducción «con benevolencia y atención» y, desde ya, se excusa por aquellas traducciones de pasajes del *Eclesiástico* que, al no ser las más adecuadas, se pueden comprender mal: «Perdonen cuando parece que no hemos acertado con la expresión correcta, a pesar del empeño que hemos puesto en este trabajo de traducción». Queda en evidencia que este traductor —nieto del autor de la obra— no solo pensaba en traducir con fidelidad el texto hebreo del *Eclesiástico*, sino también le preocupaba la adecuada recepción y comprensión de su traducción por parte de sus lectores.

El mismo interés de explicar la Palabra para que se comprenda ocurrió cuando se leyó la Ley a los israelitas congregados en la plaza en tiempos de Esdras, sacerdote y escriba: los levitas «leían

traduce) y el de llegada (al que se traduce) tienen el mismo valor a cierto nivel y respecto a ciertos pasajes, valor que se puede expresar en más de un modo. De aquí que se pueda hablar de distintos tipos de equivalencia.



detenidamente el libro de la Ley de Dios y establecían su significado, de modo que comprendieran lo que se estaba leyendo... Y todo el pueblo fue a comer y a beber, a compartir porciones y a regocijarse con gran alegría, porque comprendieron las palabras que les habían transmitido» (*Neh* 8,8.12).

El traductor que sólo tenga en cuenta la literalidad de la Escritura, puede fácilmente transformar su empeño en una Biblia literalista con el peligro de fomentar lecturas fundamentalistas de la misma (*VD*, n^o 44)¹². Entonces, el lector de hoy y debido al deficiente servicio del traductor, queda lejos de alcanzar gracias a los *logoi* (o «palabras») al *Logos* (o «Jesucristo», la Verdad salvífica), pues la traducción empaña su acceso a los sentidos del escrito bíblico y a su comprensión. Entre otras razones, esto ocurre cuando el traductor se ha preocupado por ofrecer conceptos que el actual lector cree entender, según su educación y cultura, pero en realidad los autores del siglo I las expresaron con matices semánticos y con un impacto comunicacional e interpelador que sí captaban sus lectores originales, lo que el intérprete y traductor no representó en su traducción.

Sin duda que el tipo y la calidad de la traducción variará si en el proceso de la traducción se busca un resultado que sea auténtica mediación de comunicación y relación entre el actual lector creyente de la Escritura y Dios, que sale a su encuentro.

Cuando el traductor busca que el lector actual acceda al misterio de Dios, experimentándolo como fuente de vida y misericordia, debe emplear el código de signos propio del lector contemporáneo, código que no se reduce sólo a su «lengua», sino a su lenguaje y uso concreto (lo que justifica la Biblia para el niño, el joven, la familia...). De esta forma podrá acceder al encuentro con un Dios personal y, convertido en interlocutor, experimentar el diálogo salvífico

¹² Sobre la labor del traductor y los riesgos más importante al interpretar y traducir, cfr. SILVA RETAMALES y JUNCO GARZA, «Historia y principios hermenéuticos en la nueva traducción *Biblia de la Iglesia en América (BIA)*», en GUIJARRO y HERNÁNDEZ (coords.), *Los ecos de la Escritura*, 208-212; también NIDA y REYBURN, *Significado y diversidad cultural*, 103-121.

con Él. Este tipo de traducción recibe el nombre «de equivalencia dinámica», está relacionada con el modelo de lectura socio-cultural y pone el énfasis en trasladar «significados» o «sentidos» de las Escrituras para que el lector de hoy, que no los conoce, se haga cargo de ellos (2 Cor 3,6).

En este caso, más que traducir por «identidad de vocablos», se traduce por «identidad de significados», es decir, se trasladan los sentidos genuinos de la lengua madre consignados por el autor bíblico a idénticos o análogos sentidos en la lengua receptora. Esto significa, por ejemplo, que un término o sintagma bíblico en hebreo o griego puede ser traducido por palabras y frases diversas en castellano en razón de que puede variar su significado o sus matices conforme al contexto literario, socio-cultural y religioso en que se encuentren.

Mientras que en «la teoría de la equivalencia», la traducción de «equivalencia formal» está orientada a reproducir la estructura del texto original o lenguaje de salida (léxico, sintaxis...), la de «equivalencia dinámica» está orientada a que el lenguaje de llegada dé a conocer los significados y replique los efectos que tuvo en el lector el texto original, considerando sus posibilidades de comprensión.

La traducción de equivalencia dinámica parte de la base que los niveles de comprensión y comunicación entre emisores originales y lectores de hoy son desiguales. Mientras que en la comunicación mediante textos escritos en el siglo I¹³, los autores o emisores tienen lectores que los entienden sin dificultad, pues comparten los significados en sus propios contextos, en la comunicación actual aquellos mismos emisores no encuentran en los lectores de hoy

¹³ Los textos en la antigüedad se componían, más que para ser leídos, para ser recitados por uno a diversos grupos (lectura colectiva) y se concebían sólo como un apoyo para la comunicación oral, forma primaria de comunicación. Por tanto, se escribían para ser escuchados (cfr. Jn 12,34), pues, entre otras razones, un gran número de gente no sabía leer ni escribir (se calcula que el 90% de la población del siglo I era analfabeta). Cfr. S. GUIJARRO, *Los Cuatro Evangelios* (Ed. Sígueme), Salamanca 2010, 106-110 y 147-149; en p. 149: «Los textos escritos, lo mismo que los orales, estaban destinados a la representación oral, que con frecuencia exigía la actualización y la interpretación».



interlocutores preparados, pues gran número de éstos difícilmente entienden idioma y significados expresados en los escritos de aquellos autores. Tarea del intérprete y traductor es, mediante una buena traducción, acortar lo más posible esta brecha.

Además de «la teoría de la equivalencia» y sus posibilidades, hay otras varias teorías contemporáneas de traducción como la de «finalidad», la de «localización», la de «traducción cultural», la de «relevancia», «las indeterministas» y «descriptivistas»¹⁴.

«La teoría de la finalidad», «del *skopos*» («propósito» en griego) o la *Skopostheory* se emplea ya hace un tiempo en la traducción de libros y pasajes bíblicos. Planteada por K. Reiss y H. Vermeer a finales de los años 70, sostiene que el acto de comunicación depende esencialmente de la «situación» (tiempo y lugar) en que se encuadra y, por lo mismo, los textos se producen con propósitos determinados; de aquí que el principio fundamental en la traducción de un texto sea precisamente su *skopos* o intencionalidad.

De igual modo, se viene aplicando para la traducción de textos bíblicos la «teoría de la relevancia» (*Relevance theory*), desarrollada por D. Sperber y D. Wilson en la década del noventa. Esta plantea la importancia de los componentes extralingüísticos o cognitivos en la relación de comunicación, pues la «relevancia» de un enunciado en un acto comunicativo, dependerá del oyente o lector, de la información compartida con el enunciante y del conocimiento de su contexto.

Estas teorías no son excluyentes y no es raro que los traductores empleen aspectos de una y otra en sus trabajos de interpretación y traducción.

¹⁴ Algunos teóricos de la traducción distinguen tres tipos de traducciones con sus respectivas teorías: la fiel a la estructura (equivalencia formal), a los significados (traducción mixta o concordante) y al efecto en el lector (equivalencia dinámica). No es la única clasificación, pues otros prefieren hablar de perspectivas o enfoques para dividir las teorías: el enfoque sociolingüístico, el comunicativo, el hermenéutico, el lingüístico, el literario y el semiótico. La denominación va a depender del autor del que se trate.

2.2. La «Voz» de la Palabra: la escritura o texto bíblico

El *Mensaje* de la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos acerca de la Palabra de Dios de octubre del 2008, presenta varias imágenes para referirse a ella y a su función en la vida de la Iglesia¹⁵. Rescatamos algunas de estas imágenes para hablar de los tres criterios que rigieron la traducción de la *Biblia de la Iglesia en América*.

La única Palabra de Dios, Jesucristo, requiere de «un canto a varias voces», de una sinfonía de voces para expresarse (*DV*, nº 7), pues así lo pide la insondable riqueza de su misterio (*Ef* 3,8-9)¹⁶. La «voz» de la Palabra son los textos bíblicos o *logoi* (grafías, palabras, frases...) que conforman la Sagrada Escritura inspirada por Dios¹⁷ y que revelan al *Logos* o a Jesús, ya sea como promesa en virtud de la alianza de Dios con su pueblo Israel (*Antiguo Testamento*), ya como realidad para un nuevo pueblo, la Iglesia (*Nuevo Testamento*). Hay, pues, que saber comprender los *logoi*, para acceder al conocimiento y encuentro con el *Logos* que salva.

Así como el Verbo eterno de Dios se hizo hombre, así también se hizo literatura, haciendo posible que la Palabra de Dios se nos proponga «a través de palabras humanas (cfr. 1 *Tes* 2,13)» y

¹⁵ Las imágenes son: la Voz de la Palabra: la revelación; el Rostro de la Palabra: Jesucristo; la Casa de la Palabra: la Iglesia, y los Caminos de la Palabra: la misión; cfr. N. ETEROVIC (ed), *La Parola di Dios nella vita e nella missione della Chiesa* (Lateran University Press), Città del Vaticano 2011, 669-687. También en *L'Osservatore Romano*, 25 de octubre del 2008, 4-5.

¹⁶ *Instrumentum laboris* del Sínodo de la Palabra (2008), nº 9, en ETEROVIC (ed), *La Parola di Dios nella vita e nella missione della Chiesa*, 988-989; A. GIMÉNEZ G.: «La Sinfonía de la Palabra», en: L. SÁNCHEZ NAVARRO, *Escudriñar las Escrituras. Verbum Domini y la interpretación bíblica* (Ed. Universidad San Dámaso), Madrid 2012, 31-46.

¹⁷ Sobre la «inspiración» y «verdad» de la Sagrada Escritura, tres son las reflexiones actuales: a) como el Verbo se encarnó por la acción del Espíritu, así se encarna en el lenguaje humano, gracias al Espíritu, sin perder su condición de realidad divina (*teoría analógica*; P. Benoit); b) como la Escritura contiene la historia de la salvación y la Iglesia nace de ella y está a su servicio, el don de la inspiración bíblica radica en la Iglesia y no primeramente en cada autor (*teoría eclesiológica*; K. Rahner); c) como cada autor es verdadero autor, contó con la inspiración bíblica para fijar la verdad querida por Dios en su escrito, pues su servicio es vital para el don de la salvación (*teoría literaria*; L. Alonso Schökel).



mediante estas voces literarias, sale a nuestro encuentro (VD, n^o 29; cfr. DV, n^o 12)¹⁸. Por tanto, como «en la Palabra bíblica, Dios está en camino hacia nosotros y nosotros hacia Él, hace falta aprender a penetrar en el misterio de la lengua, comprenderla en su estructura y en el modo de expresarse» (VD, n^o 32). La «voz» o la literatura bíblica consigna sentidos que hay que comprender según los contextos histórico-culturales del tiempo bíblico. La interpretación y la traducción tiene que ser tal, que el lector de hoy debe «escuchar» la voz que le revela la Palabra y abrirse al diálogo con ella.

Como Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano (DV, n^o 12), el primer criterio de traducción de la BIA fue la fidelidad a la «Voz» o a la Sagrada Escritura en cuanto obra literaria¹⁹.

Una vez fijado el texto bíblico gracias a la crítica textual²⁰, el intérprete y traductor tiene que ser fiel a los sentidos literales que los autores bíblicos expresaron. Se entiende por «sentido literal» los significados objetivos y expresivos manifestados por el autor bíblico en su obra literaria, comprendidos según los contextos socio-culturales y religiosos de aquellos autores que comunicaban las cosas de Dios a sus comunidades originales de lectura²¹. De aquí la importancia de aquellas ciencias humanas y de sus métodos de

¹⁸ Para «la analogía desarrollada por los padres de la Iglesia entre el Verbo de Dios que se hace “carne” y la Palabra que se hace “libro”», cfr. VD, n^o 18. Para el carácter sacramental de la Palabra, cfr. VD, n^o 56; SILVA RETAMALES, *La Palabra de Dios en la vida y pastoral de la Iglesia* (Ed. Verbo Divino), Estella - Navarra 2014, 208-216.

¹⁹ Cfr. C. APARICIO V.: «L'ermeneutica della Sacra Scrittura nella Chiesa. *Verbum Domini*, nn. 29-49», en: APARICIO V. y PIÉ-NINOT (dirs.), *Commento alla Verbum Domini*, (Ed. Gregoriana & Biblical Press), Roma 2012, 75-84; A. J. LEVORATTI: «Cómo interpretar la Biblia», W. R. FARMER (dir.), *Comentario Bíblico Internacional* (Ed. Verbo Divino) Estella - Navarra 42005, 18-28.

²⁰ Lo que hoy no constituye un trabajo tan arduo gracias a la bibliografía y al material audiovisual (*Paratext; Bible Works, software for Biblical Exegesis & Research*, entre otros) con el que se cuenta. El *Textus receptus* del *Nuevo Testamento* es actualmente la edición 28 del *Novum Testamentum Graece*, basado en el trabajo de EBERHARD y ERWIN NESTLE y editado por BARBARA y KURT ALAND, J. KARAVIDOPOULOS, C. M. MARTINI y B. M. METZGER, Stuttgart 2012. Esta edición cuenta con un amplio aparato crítico con una gran gama de opciones textuales.

²¹ La PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA afirma que no es solamente legítimo, «sino indispensable, procurar definir el sentido preciso de los textos tal y como han sido producidos por

investigación que nos abren el camino hacia los significados contenidos en «las voces» de la Palabra, es decir, en cada uno de los libros de la Sagrada Escritura (cfr. *VD*, n° 32).

2.3. El «Rostro» de la Palabra: Jesucristo salvador

La «Voz» tiene un «Rostro» que es Jesucristo. Él, en cuanto «rostro humano de Dios y rostro divino del hombre» (*DA*, n° 392) y en cuanto en Él «habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad» (*Col 2,9*) es el centro de la revelación divina y la fuente de la salvación: Cristo, el Dios-con-nosotros, «el Dios de rostro humano, es nuestro verdadero y único salvador» (*DA*, n° 22).

El *Antiguo Testamento* afirma que cuando alguien ve el rostro de Dios o se presenta ante Él sin la debida purificación muere. Según el testimonio bíblico, el Rostro divino lo contemplan sólo los ángeles (*Mt 18,10*) y ningún hombre puede verlo sin morir (*Ex 33,19-20*; *Dt 5,25*; *Is 6,5*). Sólo en contadas excepciones queda con vida quien ve a Dios cara a cara (*Gn 32,31*)²².

Según el *Nuevo Testamento*, Jesucristo es el Hijo del hombre que, en los caminos de la Palestina, habla y escucha, lo ven, tocan, apretujan, golpean y matan. Su rostro, su cuerpo y las extensiones de este según el siglo I («manos», «vestidos» y «manto», por ejemplo) están al alcance de sus contemporáneos y muchos lo siguen para escucharlo y verse favorecido por sus milagros, lo que comentan profusamente, incrementando así el honor o fama del Nazareno (*Lc 4,14.37*; *5,15*), valor central en el mundo social del siglo I entre los pueblos de la cuenca del Mediterráneo. De este modo, Jesucristo es realidad humana y corporal del Hijo de Dios, revelando así el

sus autores, sentido llamado "literal" [...] El sentido literal no se debe confundir con el sentido "literalista" al cual se adhieren los fundamentalistas. No basta traducir un texto palabra por palabra para obtener su sentido literal. Es necesario comprenderlo según las convenciones literarias de su tiempo», PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, II B 1.

²² Cfr. A. S VAN DER WOUDE: «*panim* Rostro», en: E. JENNY Y C. WESTERMANN, *Diccionario Teológico Manual del Antiguo Testamento* (Ed. Cristiandad), 2 Vols., Madrid 1978, Vol. II, 564-581.



«rostro de mi Padre que está en los cielos» y que los ángeles continuamente ven (*Mt 18,10*). Ahora Jesús es el Rostro del Padre y, por Él, se puede escuchar su voz, contemplar su misterio y conocer su voluntad (cfr. *Jn 5,37*). En Él, en Cristo, brilla «el glorioso conocimiento de Dios» reflejado en su Rostro (*2 Cor 4,6*).

La comunicación y relación con Dios es posible porque Jesucristo se pone en medio nuestro con su encarnación y «se hace Rostro» visible y, hablando nuestro lenguaje, nos da a conocer a su Padre. El acontecimiento de la revelación humana y corporal del Hijo de Dios como Rostro visible y glorioso del Padre corre el velo que nos ocultaba el Misterio de Dios, revelándonos su gloria, lo que Moisés no pudo (*2 Cor 2,12-18*)²³. Así Dios invisible (*Col 1,15; 1 Tim 1,17*) se hace escuchar y, «movido por su gran amor (*Éx 33,11; Jn 15,14-15*)», trata y habla a los hombres como amigos (*DV, n° 2*). Porque «en la Palabra de Dios proclamada y escuchada [...], Jesús dice hoy, aquí y ahora a cada uno: “Yo soy tuyo, me entrego a ti”, para que el hombre pueda recibir y responder y decir a la vez: “Yo soy tuyo”» (*VD, n° 51*), la revelación no es en primer lugar un articulado de doctrinas que aprender o normas que practicar. Porque Jesucristo es el Rostro visible de Dios, la Biblia contiene la invitación divina a entrar en relación y comunión con Dios.

Si los autores bíblicos son generadores de sentidos queridos por Dios y éstos delinean el Rostro glorioso de Jesucristo que nos lleva al Padre, entonces la Escritura es mediación de encuentro con un Rostro que invita a recrear nuestros rostros como espejos que revelen la santidad y gloria del Resucitado. No basta, pues, conocer lo que el texto bíblico dice o practicar su enseñanza, olvidando la relación de comunión con quién lo dice. Siempre resulta más fácil ocuparse de los mandamientos de Dios que hacerse cargo del Dios de los mandamientos y de su voluntad.

La aproximación teológica, eclesial y espiritual de la Escritura permite alcanzar la realidad de fe que los textos bíblicos expresan,

²³ Cfr. J. C. INOSTROZA L.: «El rostro glorioso de Moisés. Interpretación de *2Cor 2,14-3,11*», *Anales de Teología* 4.1 (2002) 28-30.

realidad revelada que sólo es posible conocerla gracias al sentido literario y teniendo en cuenta el segmento temporal y teológico de la historia de la salvación de la que forma parte²⁴.

Cuando se considera la Sagrada Escritura como Palabra revelada de Dios de carácter única y unitaria, su traducción tiene necesariamente que tener en cuenta cada pasaje como parte de una gran y armoniosa sinfonía de voces (VD, n° 38). A la vez, porque el lector tiene derecho a que no se le reste nada a la Escritura en cuanto acontecimiento salvífico, la traducción tiene que ser la más adecuada al lector de hoy, pues hay que ofrecerle los significados del texto bíblico «como Palabra actual de Dios» (VD, n° 33)²⁵. Si sólo al traductor se le exigiera la fidelidad a la Biblia como literatura, la Escritura corre el peligro de transformarse en un texto fragmentado y del pasado, en una pieza de museo que nada tiene que aportar a la vida y al caminar de la Iglesia y del ser humano de hoy, porque es incapaz de ofrecer el Rostro del resucitado y su obra de salvación de modo comprensible y pertinente al lector de hoy.

De aquí el segundo criterio de traducción puesto en práctica en la BIA: ser fieles a Dios que envió su Palabra como Rostro humano del misterio divino, para que el creyente de hoy viviera en comunión con Él y tuviera vida nueva. En concreto, este criterio exige darle la debida importancia a la historia de la salvación como lugar de alianza o de encuentro de Dios con el hombre. Hay, pues, que guardar en una correcta interpretación y una buena traducción las múltiples concordancias de la historia de la salvación presentes en las dos grandes unidades de la Sagrada Escritura, el *Antiguo* y el *Nuevo Testamento*, y en la relación de uno con el otro. Esta

²⁴ Se define el «sentido espiritual» como aquellos sentidos que se descubren cuando se leen los textos bíblicos «bajo la influencia del Espíritu Santo en el contexto del misterio pascual de Cristo y de la vida nueva que proviene de Él [...] Es, pues, normal releer las Escrituras a la luz de este nuevo contexto, que es el de la vida en el Espíritu», PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, II B 2, también citado en VD, n° 37.

²⁵ PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, III C 1, también citado en VD, n° 33.



relación está expresada en múltiples pasajes explícitos e implícitos del *Nuevo Testamento* respecto al *Nuevo*²⁶.

Se trata, pues, de cuidar de tal modo la traducción que exprese con fidelidad la revelación que la Escritura contiene y, además, la haga patente en tu íntima unidad como obra de salvación que Dios proyecta, conduce, realiza y lleva a plenitud. Porque Jesucristo es quien hace que esta historia sea salvífica, toda traducción adecuada de la Escritura debe ser finalmente cristológica (cfr. *Lc* 24,27).

2.4. La «Casa» de la Palabra: la Iglesia y sus comunidades

«Casa» es un término frecuente en el *Antiguo y Nuevo Testamento* que tiene que ver con espacios personalizados donde la familia extensa vive, comparte y celebra²⁷. En *Marcos* tiene, por lo menos, tres ámbitos de empleo²⁸: donde se reúne la nueva familia de Jesús, esto es, aquellos que «se sientan» a sus pies (posición del discípulo en el siglo I) para escuchar su palabra y así cumplir la voluntad de Dios (*Mc* 3,31-35); donde Jesús realiza acciones que liberan de espíritus impuros, sanan de enfermedades y limpian los pecados (1,29-31) y el lugar donde el Maestro aclara a los suyos la enseñanza que poco antes ha sido para todos (9,28-29; 10,10-12). Así, para los primeros discípulos, la casa se convierte en un espacio salvífico de gran importancia que les permite constituirse y formarse como la comunidad de Jesús, pues allí los hace «familia» en torno al Padre, los libera de espíritus impuros y les comunica el

²⁶ Cfr. F. BELLI y otros, *Vetus in Novo. El recurso a la Escritura en el Nuevo Testamento* (Ed. Encuentro), Madrid 2006, 25-67, con amplia bibliografía; E. EARLE ELLIS: «La interpretación de la Biblia en la propia Biblia», en FARMER (dir.), *Comentario Bíblico Internacional*, 49-58.

²⁷ Cfr. E. JENNI, «báyit Casa», en: JENNY y WESTERMANN, *Diccionario Teológico Manual del Antiguo Testamento*, Vol I, 449-457; J. GOETZMENN, «Casa (oikos)», en: L. COENEN, E. BEYREUTHER y H. BIETENHARD, *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento* (Ed. Sígueme), 4 Vols., Salamanca 1980, Vol. I, 233-237.

²⁸ Cfr. X. PIKAZA, *Pan, Casa, Palabra. La Iglesia en Marcos* (Ed. Sígueme), Salamanca 1998, 87-103; P. ARANDA, *La casa, espacio de memoria e identidad en el evangelio según Marcos* (Ed. Verbo Divino), Estella - Navarra 2012; M. RECIO, *La famiglia alternativa di Gesù. Discepolato e strategie di trasformazione sociale nel Vangelo di Marco* (Ed. Morcelliana), Brescia 2012, 124-144; L. E. VAAGE, «En otra casa: el discipulado en Marcos como ascetismo doméstico», *EstBibl* 63 (2005) 21-42.

misterio de Dios. En la casa, por tanto, pueden contemplar el Rostro de Jesús, para que sus propios rostros reflejen el amor del Padre y la comunión con Él.

La «casa» de la Palabra de Dios es la Iglesia²⁹. A ella, Dios le confió la Sagrada Escritura por lo que ésta se interpreta y es fuente de comunión en el seno de la casa de Dios que es el Pueblo de la nueva alianza, el Pueblo de los redimidos por Cristo.

En la naturaleza misma de la Biblia está el hecho de haber sido escrita por el Pueblo de Dios y para el Pueblo de Dios bajo la inspiración del Espíritu Santo. Por tanto, únicamente «la fe eclesial» (VD, nº 29) y un «profundo espíritu eclesial» (nº 47) hacen posible la imprescindible «eclesialidad» para comprender el mensaje de la Biblia (nº 30). Sólo en este «nosotros eclesial», es decir, en esta comunión con el Pueblo de Dios, podemos entrar realmente «en el núcleo de la verdad que Dios mismo quiere comunicarnos» (DV, nsº 29-30).

Porque la Biblia es el libro de la Iglesia, «el lugar originario de la interpretación escriturística es la vida de la Iglesia» (nº 29) y, a su vez, la lectura de la Escritura impulsada y conducida por la fe eclesial, nutre la pertenencia al Pueblo de Dios, aportando identidad. Desde esta perspectiva, más que en un destinatario, la comunidad creyente se transforma en «interlocutor» a quien Dios busca con ansia para dialogar con él y ofrecerle a Jesucristo, su Palabra eterna hecha Rostro salvífico³⁰.

²⁹ No sólo la Iglesia es «casa» de la Palabra, sino también la Palabra de Dios es «casa» de la Madre del Verbo en razón de su familiaridad con la Palabra de la que sale y entra con toda naturalidad; así Benedicto XVI en VD, nº 28. Por esto, María es para la Iglesia —en cuanto «modelo y arquetipo» de fe— de importancia capital para lograr un cambio de paradigma en la relación de la Iglesia con la Palabra, *Propositio* 55, Sínodo de la Palabra (2008), en: ETEROVIC (ed.), *La Parola di Dios nella vita e nella missione della Chiesa*, 661.

³⁰ En la liturgia queda claro que «la Biblia es el libro de un pueblo y para un pueblo; una herencia, un testamento entregado a los lectores, para que actualicen en sus vidas la historia de la salvación testimoniada en lo escrito. Existe, por tanto, una relación de recíproca y vital pertenencia entre pueblo y Libro: la Biblia es un Libro vivo con el pueblo que es su sujeto, que lo lee; el pueblo no subsiste sin el Libro, porque en él encuentra su razón de ser, su vocación, su identidad», Homilía del Papa BENEDICTO XVI con motivo



En esta Casa, donde habita la Palabra eterna hecha Rostro salvífico, se lee y actualiza la Sagrada Escritura con toda su increíble capacidad de diálogo con las esperanzas y dificultades que el creyente afronta en la vida cotidiana. Jesús se presenta precisamente «como Aquel que ha venido para que tengamos vida en abundancia (cfr. Jn 10,10). Por eso, debemos hacer cualquier esfuerzo para mostrar la Palabra de Dios como una apertura a los propios problemas, una respuesta a nuestros interrogantes, un ensanchamiento de los propios valores y, a la vez, como una satisfacción de las propias aspiraciones. La pastoral de la Iglesia debe saber mostrar que Dios escucha la necesidad del hombre y su clamor» (VD, nº 23)³¹.

Frente a la debilidad del ser humano, al reconocimiento de su maldad y a su ansia de plenitud se desvela la importancia del Pueblo de Dios como heraldo y mediador de salvación, cuya única fuente es «su Cabeza» o Rostro que lo conduce y da vida (Ef 1,22-23). Regalada a la Iglesia como lugar de encuentro con Jesucristo, la Iglesia no puede prescindir de la Sagrada Escritura, pues prescindiría del mismo Jesús que interpela la vida, la conduce y salva³². La fuerza

de la conclusión del Sínodo sobre la Palabra (2008), en: ETEROVIC (ed.), *La Parola di Dios nella vita e nella missione della Chiesa*, 728. Cfr. W. HENN, «Parola di Dio e Chiesa. *Verbum Domini*, nn. 50-51, 72-85», 97-104, y S. PIÉ-NINOT, «Liturgia, luogo privilegiato della Parola di Dios. *Verbum Domini*, nn. 52-71», 105-111, en: APARICIO V. y PIÉ-NINOT (dirs.), *Commento alla Verbum Domini*.

³¹ L. ALONSO SCHÖKEL afirma: «La Sagrada Escritura es un libro antiguo que pretende ser actual; encarnado en el tiempo, pretende hablar a todas las generaciones; limitada en lenguaje y horizonte cultural, aspira a ser universal. No podemos destruir esas tensiones, porque únicamente desde su concreción nos habla y busca, en su concreción nos alcanza, solamente en un contacto personal nos mueve. Y no basta apelar a la omnipotencia, omnipresencia y eficacia divinas, porque el camino de Dios es la encarnación», *Hermenéutica de la palabra*, 3 vols., Madrid 1986, vol. I, 97. Y J. A. BENDEL escribe en su introducción a la traducción del *Nuevo Testamento de 1734*: «*Te totum applica ad textum; rem tota applica ad te*. Aplicate todo tú al texto; todo su material aplícatelo a ti», en: J. M. MARTÍNEZ, *Hermenéutica bíblica*, Barcelona 1984, 560. Sobre lectura popular de la Biblia y su actualización, cfr. R. HUNING, *Aprendiendo de Carlos Mesters: hacia una teoría de lectura bíblica* (Ed. Verbo Divino; Evangelio y Cultura 4), Estella - Navarra 2007, con amplia bibliografía; J. CORTÉS CORTÉS: «Lectura popular de la Biblia: Oportunidades, desafíos y riesgos asociados a la comprensión bíblica», *Cuadernos de Teología - Universidad Católica del Norte* 2 (1) 76-98; P. URIBE ULLOA: «¿Lectura popular de la Biblia hoy? Caracterización y ensayo», *Cuadernos judaicos* 37 (2020) 20-39.

³² San JERÓNIMO, «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo», cfr. FRANCISCO, «*Scripturae Sacrae affectus*, en el XVI Centenario de la muerte de san Jerónimo», 30 de septiembre del 2020: «Amor por la Sagrada Escritura». Lo que Jerónimo escribió sobre su amigo

salvadora de la Palabra contenida en la Escritura y leída en su Casa es fuerza performativa que hace posible la conversión personal, comunitaria y pastoral³³.

De estas consideraciones brota el tercer criterio puesto en práctica en la traducción de la BIA y consiste en ser fieles a la vocación y misión de la Iglesia, «Casa» de la Palabra. Y la Iglesia existe para evangelizar, es decir, para anunciar a Jesucristo, Rostro del Padre (EG, ns^o 111-134)³⁴. Por tanto, si la revelación que Dios le confió a la Iglesia consignada en la Sagrada Escritura es para servicio de la evangelización de todo ser humano, la fidelidad a la Iglesia se transforma necesariamente en fidelidad a todo aquel que no puede ser evangelizado por no comprender lo que lee, pues se sirve de traducciones defectuosas (cfr. Hch 8,30-31)³⁵. La fidelidad a la misión de la Iglesia es fidelidad a la evangelización de los lectores de la Sagrada Escritura, evangelización que no se da por el hecho de tener una Biblia, sino por hacer del lector un interlocutor en el encuentro personal con Jesucristo, rostro humano de Dios y rostro divino del hombre. En la práctica, la interpretación y traducción de la Sagrada Escritura deben comunicar con la máxima calidad y claridad que permita el canal de comunicación que Dios le habla al hombre de hoy y que éste puede tomarla en sus manos, pues sí va a

Nepociano se puede decir de él mismo: «Por la asidua lectura y la meditación prolongada, había hecho de su corazón una biblioteca de Cristo», *Ídem, Scripturae Sacrae affectus*: «Amar lo que Jerónimo amó».

³³ Sobre la «performatividad» de la Palabra de Dios, cfr. SILVA RETAMALES, *La Palabra de Dios en la vida y pastoral de la Iglesia*, 216-220; A. J. LEVORATTI, «El poder de la Palabra de Dios», en: FARMER (dir.), *Comentario Bíblico Internacional*, 3-8.

³⁴ Cfr. G. WHELAN: «La missione della Chiesa, proclamare la Parola di Dio al mondo. *Verbum Domini*, nn. 90-98, 121-124», en: APARICIO V. y PIÉ-NINOT (dirs.), *Commento alla Verbum Domini*, 127-134.

³⁵ «Las páginas bíblicas no siempre son accesibles de inmediato. Como se dice en Isaías (29,11), incluso para aquellos que saben “leer” —es decir, que han tenido una formación intelectual suficiente— el libro sagrado aparece “sellado”, cerrado herméticamente a la interpretación. Por tanto, es necesario que intervenga un testigo competente para proporcionar la llave liberadora, la de Cristo Señor, único capaz de desatar los sellos y abrir el libro (cfr. Ap 5,1-10), para revelar la prodigiosa efusión de la gracia (cfr. Lc 4,17-21). Muchos [...] no están preparados para el lenguaje bíblico, sus modos expresivos y las tradiciones culturales antiguas, por lo que el texto bíblico resulta indescifrable, como si estuviera escrito en un alfabeto desconocido y en una lengua poco comprensible», FRANCISCO, *Scripturae Sacrae affectus*: «El estudio de la Sagrada Escritura».



comprender lo que Dios comunica y sí va a experimentar que Dios sale a su encuentro para hacerlo partícipe de la salvación.

Traducciones que no son fieles a la dimensión eclesio-pastoral que exige la vocación y misión de la Iglesia en cuanto Casa de la Palabra le restan a la Sagrada Escritura su condición de lugar de encuentro con el Señor y, por lo mismo, su fuerza performativa y salvífica. Entonces, fácilmente se convierte en un manual de doctrina a aprender y normas a practicar. De aquí que una de las funciones principales del intérprete y traductor sea «su función “diconal”», para ponerse

al servicio de quienes no pueden comprender el sentido de lo escrito proféticamente. La imagen que se puede evocar, a este respecto, es la del diácono Felipe, impulsado por el Señor para ir en ayuda del eunuco que está leyendo un pasaje de Isaías en su carroza (*Is* 53,7-8), pero sin poder comprender su significado: “¿Crees entender lo que está leyendo?”, pregunta Felipe; y el eunuco responde: “¿Cómo voy a entender si nadie me lo explica?” (*Hch* 8,30,31)³⁶.

Gracias a traducciones de la Biblia que, al menos, cuiden estos tres criterios (fidelidad a la *Voz*, al *Rostro* y a la *Casa*) va a florecer «una nueva etapa de mayor amor a la Sagrada Escritura por parte de todos los miembros del Pueblo de Dios, de manera que, mediante su lectura orante y fiel a lo largo del tiempo, se profundice la relación con la persona misma de Jesús»³⁷.

3. CONCLUSIÓN

La estricta aplicación de la teoría de la equivalencia formal nos hubiera llevado a una *Biblia de la Iglesia en América* respetuosa del literalismo de los textos originales, pues los códigos lingüísticos hebreos, arameos y griegos hubieran sido traspasados al castellano,

³⁶ FRANCISCO, *Scripturae Sacrae affectus*: «El estudio de la Sagrada Escritura». Cfr. SILVA RETAMALES, «“¿Entiendes lo que estás leyendo?” (*Hch* 8,30). *

³⁷ *Propositio* n° 9, Sínodo de la Palabra (2008), en: ETEROVIC (ed.), *La Parola di Dios nella vita e nella missione della Chiesa*, 632, también citado en *VD*, n° 72.

el código lingüístico de recepción, tal como estaban. Sin embargo, este criterio que podría parecer acertado en un primer momento, no satisface la naturaleza y función de la Sagrada Escritura, descrita con las imágenes de *Voz*, *Rostro* y *Casa*.

La Escritura en cuanto *Voz* o en su condición de obra literaria, transmisora de mensajes, sí la entendieron las primeras generaciones de discípulos, entre los que se contaban los lectores originales, pues no tenían gran dificultad en comprender el relato acerca de Jesús según *Mateo* o *Marcos* o los contenidos de las cartas de Pablo, aunque algunas de éstas presentaran puntos difíciles de entender (2 *Pe* 3,15-16). Esas generaciones, particularmente la segunda (70-110 d. C.), que escuchaban el *kerigma* y se abría al don de la fe gracias a los misioneros y a los primeros pasajes bíblicos empleados en catequesis y liturgias comunitarias, sí conseguían un gradual conocimiento del *Rostro* de Jesús y una creciente ruptura con dioses, cultos y conductas antiguas; su fe viva en Jesucristo, cuyo *Rostro* trazan las Escrituras, provocaba una progresiva resocialización que tanto llamaba la atención de sus contemporáneos en el mundo grecorromano. Pero nada de esto hubiera acontecido sin contar con una *Casa* (la Iglesia o comunidad) que fuera para ellos lugar teológico y espiritual de interpretación y celebración de la Palabra de Dios; más aún, su comunidad les designaba un «padrino» para acompañarlos en su catecumenado en la debida comprensión de la Sagrada Escritura y en el camino de su nueva fe, del testimonio cristiano y de la caridad solidaria³⁸.

A la luz de la experiencia de las primeras generaciones de discípulos, la vocación de ayer y hoy de la Sagrada Escritura es provocar aquel mismo acontecimiento de comunicación y comunión vivido por aquellas comunidades gracias a los misioneros y textos bíblicos compartidos en catequesis y liturgias. Y el centro de la evangelización estaba puesto en el encuentro con Jesucristo, que se acompañaba con la conversión y el testimonio³⁹.

³⁸ Cfr. A. KREIDER, *La Paciencia. El sorprendente fermento del cristianismo en el imperio romano* (Ed. Sígueme), Salamanca 2017, 181-223.

³⁹ «Si no se entiende lo escrito por los autores inspirados, la misma Palabra de Dios carece de eficacia (cfr. *Mt* 13,19) y el amor a Dios no puede surgir», FRANCISCO, *Scripturae Sacrae affectus*: «El estudio de la Sagrada Escritura».



Al final y de acuerdo a la vocación de la Sagrada Escritura, el camino a seguir para traducciones adecuadas lo fija la sabiduría con que se aplican los criterios de traducción para evitar la literalidad en la que puede hundirse una traducción de equivalencia formal y la inventiva en la que puede caer una de equivalencia dinámica. Para superar el dilema, todo lo sintetizamos en hacerse sistemáticamente la pregunta acerca de qué entendería el lector medio de América Latina por lo que estoy traduciendo.

Esta pregunta se transformó de inmediato en una certeza, en un esfuerzo y en un propósito. La *certeza* de que la Palabra de Dios «precede y excede la Biblia»⁴⁰ por lo que hay que ir más allá de la letra de la Sagrada Escritura, porque «la Palabra de Dios nunca está presente en la simple literalidad del texto» (VD, n° 69). En el *esfuerzo* de vivir nuestra labor de intérprete y traductores como una «función “diaconal”» o de servicio para los lectores de hoy, pues a muchos les resulta indescifrable el pasaje bíblico al no poder comprender el sentido de lo escrito por no estar preparados para el lenguaje bíblico, sus modos expresivos y las tradiciones culturales antiguas⁴¹. Y en el *propósito* de lograr, empeñando todas nuestras posibilidades, una traducción exacta y adaptada (DV, n° 22: *ut aptae ac rectae*) que permitiera al discípulo misionero de Jesús acceder con facilidad a la Biblia, no sólo por contar con una, sino porque al leerla, la comprendería de forma adecuada.

El ideal de toda buena traducción de la Biblia es contribuir a la vocación de hacerse oyente del Verbo por parte del discípulo misionero y «de estar como “dentro de” la Palabra, para dejarse proteger y alimentar como en un regazo materno»⁴².

Artículo recibido: 23 de febrero
Artículo aprobado: 24 de marzo

⁴⁰ «Mensaje» del Sínodo sobre la Palabra (2008), en: N. ETEROVIC (ed.), *La Parola di Dios nella vita e nella missione della Chiesa*, n° 3 (pp. 671-672).

⁴¹ FRANCISCO, *Scripturae Sacrae affectus*: «El estudio de la Sagrada Escritura».

⁴² JUAN PABLO II, *Pastores gregis*, n° 15, también citado en VD, n° 79.